

en su tronco podría formarse una bonita sala de baile. Uno de ellos estaba tendido en tierra; el fuego había devorado su parte interior, dejando intacta sólo la corteza: ésta parecía un túnel en que paseamos á caballo. Por el contrario, otro no presentaba sino su tronco pelado; la corteza fué transportada á Londres, al palacio de *Sydenham*; sus pedazos, reunidos mediante barras y arcos de hierro forman un ancho local.

— Deben ser muy viejos estos árboles.

— ¿Sabes cómo se conoce la edad de un árbol?

— Sí señor: contando los círculos concéntricos que presenta la sección transversal del tronco: tienen tantos años como círculos.

— Pues bien, en los *Wellingtonia gigantea* se han contado hasta seis mil. Imagínate, pues, su antigüedad.

No vaya á creerse que todos los eucaliptos de Australia alcanzan las proporciones que acabamos de decir. Éstas son excepcionales, fenomenales, y el resto de los bosques que atravesaron nuestros viajeros para llegar al Murray no volvió á presentar semejantes prodigios de vegetación.

LXVI. — LOS ANIMALES DE AUSTRALIA.

Estos bosques estaban animados por la presencia de multitud de aves: cacatúas blancas de borla amarilla, papagayos de todos colores, verdes, encarnados, amarillos, celestes, escarlatas, violados, revoloteaban en las ramas; pájaros-liras, cuyas plumas están dispuestas en la forma de este instrumento de música; casoares de ropajes colgantes, que corrían por entre los troncos de los árboles, cisnes negros, grullas azules, pelícanos que nadaban en las charcas ó permanecían en sus orillas; pero en vez

de las alegres y armoniosas canciones que resuenan en los bosques de Europa y de América, sólo se oían gritos ásperos y discordantes: la naturaleza ha creído sin duda hacer bastante por las aves de Australia concediéndoles un hermoso plumaje y les ha negado el don de la música.

El *casuar* es un ave muy grande de la familia del avestruz. Corre, como éste, con extraordinaria rapidez. Sus plumas son muy apetecidas para adornos femeninos.

Las miradas atónitas de Miguel pasaban de una á otra de esas aves, cuando de pronto llamó su atención una extraña criatura que se mantenía en medio del camino sostenida en tres pies.

El joven sabía que hay *cuadrípedos* y también *bípedos*, por cuanto tenía la honra de pertenecer en persona á esta última clase; pero no había oído hablar nunca de *trípedos*. De pronto el curioso animal lanzó un grito y al instante una docena de criaturillas, bastante parecidas á él, acudieron dando saltitos y se



Casuar.

metieron todas, una después de otra, en una especie de bolsa que tenía en el vientre; después de lo cual huyó pegando enormes brincos y se escondió en la espesura.

Este animal, un *Kanguro*, no era un trípedo, pues no los hay, sino *cuadrípedo*, no obstante que sólo se servía de las patas de atrás, manteniendo las otras, mucho más pequeñas, dobladas sobre el pecho. Lo que Miguel tomó por una tercera pata era la cola, que le sirve de punto de apoyo posterior. Al oír el ruido, se asustó y llamó á sus pequeños, que se refugiaron en el pliegue ventral que

forma la bolsa. Según se ve, quería ponerse y ponerlos en salvo.

Miguel lo seguía con mirada llena de extrañeza y deleite, mientras se le venía á las mientes una fábula titulada *la Madre, el Hijo y la Zarigüeya*.

Mas, de repente quiso lanzar una exclamación;



Kanguro y serpiente.

pero el terror paralizó su garganta. De la maleza había salido una serpiente que, arrojándose sobre el kanguro, lo envolvió en sus anillos. El desdichado cuadrúpedo dejó oír un quejido, sus miembros se agitaron un instante como para resistir á la horrible presión y al cabo cayeron inertes. Entonces el monstruo desapareció con su presa en las altas hierbas.

Por fortuna, otro animal no menos curioso que el primero, vino á sacar á Miguel de la triste impresión que le causara la tragedia ocurrida ante su vista. Este animal, del tamaño de un conejo pequeño, se deslizaba tímidamente á lo largo de un arroyo. ¿Era acaso un ave acuática? — No, pues, poseía piel semejante á la de la nutria. — ¿Era quizá un cuadrúpedo? — Tampoco, pues ostentaba un pico de pato. Pero sí, era un cuadrúpedo, aunque durante mucho tiempo se ha creído que ponía



Ornitorinco.

huevos á la manera de las aves y su nombre es tan singular como su aspecto : se le llama *ornitorinco*.

— ¡Qué extraordinarios son los animales en este país! exclamó Miguel.

Kanguro. — El kanguro es un *marsupial* ó animal de bolsa. Cuando los hijos de estos seres nacen á la luz, son tan débiles y delicados que no pueden soportar las influencias exteriores. Así es que permanecen en la bolsa de sus madres hasta adquirir más fuerzas y aun entonces se refugian allí apenas notan algún peligro. El kanguro es el mayor de los marsupiales; llega á tener hasta dos metros de altura, pero hay otros, que también viven en Australia, como el *oposo*, el *peramelo*, el *dasiuro* y el *potoró*, pero que distan mucho de alcanzar sus dimensiones. Lo notable es que casi todos los animales de esa parte del mundo, excepto los introducidos allí por los europeos, poseen la mencionada bolsa; y además que, en el resto de nuestro planeta no se encuentra más que un marsupial, la *zarigüeya* de América meridional.

LXVII. — EL ESQUILEO DE LOS CARNEROS.

El Sr. Lebel había elegido para su visita á las granjas del Murray, la época del *esquileo de los carneros*,

pues quería darse cuenta por sí mismo de la cantidad de lana que iba á obtenerse. Cuando llegó á ellas, presentaban la mayor animación.

— En la época en que los primeros colonos vinieron aquí, dijo el negociante á Miguel, no había ni un carnero, ni un buey, ni un caballo.

Hoy, la *Nueva Gales del Sur* y el *Estado de Victoria*, que son las dos provincias más ricas y pobladas de Australia, están cubiertas de inmensos ganados, descendientes de los animales traídos de Inglaterra. Los cueros y lanas se exportan á Europa. Lo mismo pasa con la carne, que se conserva, sea en cajas, sea ahumada, salada, seca ó convertida en caldo. De modo que esta tierra, salvaje é inculta hace apenas cincuenta años, se ha convertido en un centro de riqueza y de prosperidad. Las cabezas de ganado se cuentan actualmente por cientos de miles, por millones, y los propietarios no pueden saber el número de sus carneros sino en el momento del esquila, ó el de los bueyes más que cuando los mandan al mercado.

— Esos carneros son magníficos, exclamó Miguel, que observaba el trabajo de los esquiladores, admirado del espeso vellón que tenían aquellos animales; ¡ qué fina y suave es su lana!

— Lo cual se debe, contestó un labrador, á que descenden de *merinos* de raza pura, pues está prohibido introducir en Australia un solo animal de raza *ovina*, *bovina*, ó *caballuna*, esto es, pertenecientes á la especie de la *oveja*, del *buey* ó del *caballo*, sin que haya obtenido premio en una exposición. Además, aquí no se les cuenta el alimento ni el espacio: sin embargo, no debe creerse que los ganados están siempre en estado próspero y que todo se vuelve beneficios en la profesión de ganadero.

Este año serán magníficos los resultados y mis

veinticinco mil carneros me producirán, completamente libres, veinte mil pesos, pero hace tres años, perdí en un mismo día tres mil corderos, que me mató una tromba de granizo; al año siguiente murieron de sed ocho mil ovejas y un poco más tarde se ahogaron otras dos mil quinientas en una inundación.

Hay años en que la sequía convierten estas praderas ahora tan verdes, en una especie de estera amarillenta, que se inflama á veces por la acción de los rayos del Sol. Entonces los carneros vagan, hambrientos y moribundos, por las llanuras calcinadas, y sólo hay una manera de no perderlos.

— ¿Cuál es? preguntó Miguel.

— Es de convertirlos en extracto de carne,

en sebo, lana y cuero antes que se pongan flacos y hagan perder á todos esos productos su buena calidad. Á Miguel se le oprimió el corazón, pareciéndole casi que el remedio era peor que la enfermedad.

— Pronto tendremos, siguió diciendo el labrador, un nuevo enemigo, que ya da que hablar por sus estragos en varias partes del país. Es el *conejo*. En Australia no lo había; la clemente naturaleza nos quiso preservar de él; pero un acaudalado propietario tuvo la idea de importarlo, á fin de proporcionarse el placer de cazarlo, y hasta se dictaron medidas rigurosas para protegerlos, tanto que en pocos



Carneros de Australia.

años se han multiplicado hasta el punto de constituir un verdadero peligro para el cultivo. Se comen la hierba hasta la raíz y el suelo está lleno de madrigueras abiertas por ese animalillo al parecer tan inofensivo. Se le hace guerra implacable, pero sin gran éxito: no se llega á destruirlo por más que se hace. ¡ Qué idea tuvo el que nos trajo esta calamidad!

LXVIII. — AL LLEGAR Á SYDNEY. — LAS ISLAS DE LA OCEANÍA.

Unos días después estaban nuestros viajeros en *Sydney*, capital de la *Nueva Gales del Sur*.

Cuando llegaron á ella, encontraron muy agitada la ciudad. Aquella misma mañana había llegado una barca tripulada por dos hombres solos. En seguida corrió la voz de que eran dos presidiarios escapados de la colonia penitenciaria francesa establecida en *Nueva Caledonia*, isla de Oceanía.

Al echar pie á tierra, el Sr. Lebel se dirigió hacia un restaurant, donde se proponía almorzar. Cuando penetraba en el comedor, vió que le hablaba un hombre que en compañía de otro había entrado en el establecimiento con la misma intención.

— ¡ Lebel! exclamó alegremente el forastero dirigiéndose hacia él con los brazos abiertos. ¡ Qué dichosa casualidad!

— ¡ Cómo, si es Blondeau! Pero ¿ qué le pasa á V.? ¿ Qué le ocurre? añadió viendo su vestido en desorden y su barba inculta.

— La verdad es que parecemos un par de ladrones y que la gente ha podido engañarse.

— ¿ De modo que esos presidiarios de que habla la gente?...

— Somos nosotros.

— ¿ Cómo es posible? Cuénteme lo que le pasa.

— Con mucho gusto; lo haré mientras almorzamos.

No tardaron los cuatro viajeros en hallarse reunidos delante de una mesa, en un terrado que dominaba el puerto, con su bosque de mástiles y de chimeneas, más allá del cual se extendía el océano.

— Refiéranos V. ahora, mi querido Blondeau, exclamó el Sr. Lebel, cómo es que después de haberle dejado hace tres años en la isla de la Reunión, me lo encuentro en Sydney, y de regreso de Nueva Caledonia.

— Vengo de mucho más lejos todavía; he atravesado la Oceanía entera; he visitado las posesiones de Francia en *Polinesia*, las *Marquesas*, el archipiélago *Gambier*, *Taití*, las islas *Pomotú*. Había ido á *Papeití*, capital de *Taití* para establecer una fábrica análoga á la que organicé en la Reunión cuando tuve el gusto de trabar amistad con V.; y como la que voy á crear en *Sumatra*, á instancias de los *rajás* ó príncipes de la isla.

— ¿ Conque ha estado V. en Taití? ¿ Es tan agradable como dicen el clima de esa isla?

— Delicioso; una primavera perpetua. El país es encantador, y comprendo el entusiasmo de los primeros navegantes que exploraron ese archipiélago. Los europeos se aclimatan en él con facilidad, y los naturales, que pertenecen á la raza polinésica, son de costumbres suaves. Cuando se establecieron allí los primeros colonos, había pocos cuadrúpedos; pero los animales domésticos se han multiplicado con mucha rapidez en la isla.

La vegetación es espléndida y ciertos árboles presentan hojas tan grandes que una sola basta para servir de paraguas durante un chubasco. Hay en Taití frutos de los trópicos, como el *árbol del pan*,

maderas de construcción y otras aromáticas para la ebanistería, como el *palo de rosa* y el *sándalo*. La isla es una colonia de porvenir y suerte hemos tenido en que los ingleses no lograran arrebatárnosla.

Árbol del pan. — Los botánicos lo llaman *artocarp*, esto es, *fruto-pan*. Es un árbol grande cuyo fruto, del tamaño de un melón voluminoso, y que se come hervido ó tostado, recuerda por su gusto la miga del pan tierno. Forma la base de la alimentación en la Oceanía.

— Á principios de este siglo, siguió diciendo el Sr. Blondeau dirigiéndose particularmente á Miguel,



Árbol del pan.

que veía muy atento á su relato, los ingleses mandaron á Taití unos misioneros, que proclamaron rey de las islas á un jefe de Tribu, llamado *Pomaré*. Por los años de 1842, uno de sus descendientes, *Pomaré V* (pues allí los soberanos han conservado el nombre del primero) solicitó el *protectorado* de Francia, que fué establecido por el almirante *Dupetit-Thouars*, no obstante la oposición de Inglaterra, representada en esta circunstancia por un misionero

llamado *Pritchard*, muy hostil á los franceses. Este negocio metió mucho ruido entonces. El protectorado se mantuvo; pero en 1880 se convirtió en posesión definitiva; desde esa época pertenecen á Francia las islas *Taití*, las *Marquesas*, el *archipiélago Gambier* y las islas *Tuamotú*.

La posesión será de interés capitalísimo si llega á abrirse el *canal del istmo de Panamá*; éste será la vía más corta para dirigirse desde Europa á Oceanía y Australia. De modo que los archipiélagos fran-

ceses de las islas *Marquesas*, *Taití* y *Tuamotú* se encontrarán precisamente en el camino de la corriente comercial que no podrá menos de formarse entre estas lejanas regiones y la antigua Europa, y constituirán una estación naval de la mayor importancia. Mi deseo es que no falten comerciantes franceses bien inspirados para venir aquí á fundar establecimientos que les producirían considerables beneficios.

LXIX. — LOS HABITANTES DE OCEANÍA.

— ¿Esas islas están todas habitadas por negros?, preguntó Miguel.

— No, hijo mío; los negros viven sólo en las islas de la *Melanesia*, nombre que significa *islas de los negros*. Sin duda sabes dónde se encuentra situada.

— Sí señor, contestó Miguel; ese es el nombre que se daba no hace mucho todavía á la parte occidental de Oceanía. Comprende la *Australia*, la *Tasmania*, llamada en otro tiempo *Tierra de Van Diemen*, la *Nueva Caledonia*, las *islas Fidji*, las *Nuevas Hébridas*, las *islas Salomón*, etc.

— Eso es, añadió el Sr. Blondeau. También sabes probablemente cómo se llaman las restantes partes de Oceanía.

— Al norte, dijo Miguel con cierta timidez, está la *Micronesia*, formada por multitud de pequeñas islas; al este la *Polinesia*, cuyos grupos principales son las islas *Sandwich* ó *Hawai*, los archipiélagos *Tuamotú*, *Taití*, *Samoa* ó de los *Navegantes*; las islas *Tonga* ó de los *Amigos* y la *Nueva Zelanda*. Al oeste la *Malesia*, que comprende las islas *Filipinas*, las *Molucas*, las *Célebes*, las de la *Sonda*, *Borneo*, *Sumatra*, *Java*, *Sombava*, *Timor*...

— Muy bien, perfectamente, dijo el Sr. Blondeau. Pues bien, cada una de esas cuatro partes de la

Oceanía está habitada por una raza diferente : la que puebla la Polinesia, tiene color aceitunado, facciones regulares, pelo liso ú ondulado, andar gracioso, continente digno y arrogante mirada. Se distingue por su inteligencia y lo suave de sus costumbres. Construyen elegantes cabañas y se adornan el cabello con flores y plumas de aves. Por desgracia y con pretexto de embellecerse, tienen la absurda costumbre de *tatuarse*, es decir, de cubrirse el cuerpo



Polinesico.

con dibujos de todos colores. Son valientes y gustan de pelear en campo raso. A esa raza pertenecen los *maories*, que habitan Nueva Zelanda y los *taitianos*.

Los habitantes de la *Melanesia*, y de la *Malesia* y la *Micronesia* son más subidos de color : los *malayos* tienen color rojizo de ladrillo, y los *melanesios* son negros, á veces horribles de fealdad, como los antiguos australianos ; viven en cabañas infec-

tas y son en su mayor parte cobardes, bajos y traidores.

Los *canaques* de la *Nueva Caledonia* pertenecen á esta última raza, pero son más inteligentes que la mayor parte de los melanesios.

— ¿ No es ahí donde..? preguntó timidamente Miguel.

— ¿ Á donde manda Francia sus criminales? Si amigo mío, pero no todos sus habitantes son presi-

diarios. La isla es grande y aunque nosotros no somos dueños suyos enteramente, pues los canaques siguen ocupando el interior, no es cosa de que el temor de una vecindad desagradable impida á las personas honradas establecerse allí. La temperatura del país es agradable, á pesar de su posición en la zona tórrida, y el clima salubre, gracias á las brisas del mar. En la isla se encuentran todos los vegetales que existen en la misma latitud y se explotan principalmente el café, la caña dulce y la quinina. Los animales dañinos son raros allí, como en la mayor parte de las islas oceánicas, privilegiadas en este punto, y los carneros, bueyes y caballos se multiplican fácilmente, cosa que conviene mucho, sobre todo por lo que importa á las costumbres.

— ¿ Qué quiere V. decir? preguntó el Sr. Lebel.

— Porque mientras los canaques no tengan carne de buey y de carnero en abundancia, es de temer que sigan siendo *antropófagos*. Los misioneros no han podido hacerles comprender aún que no deben comerse á sus semejantes. Por lo demás, esta execrable costumbre existe todavía en muchas islas de Oceanía. Ha desaparecido casi enteramente de las islas *Fidji* desde que se establecieron allí los ingleses ; pero sería expuesto desembarcar en ciertos archipiélagos, como las *Nuevas Hébridas* ó las islas *Salomón* sin ir en número respetable. Los naturales se emboscan en las malezas, atacan á los europeos y los matan para después comérselos.

Nueva Caledonia. — Isla grande del Océano Pacífico ; forma parte de la *Melanesia*. La descubrió Cook y unos veinte años después la exploró *Entrecasteaux*. Los habitantes, llamados *canaques*, son negros y antropófagos.

El gobierno francés la ocupó en 1853 y fundó en la capital, *Numea* una *colonia penitenciaria*.

LXX. — LOS GRANDES NAVEGANTES.

— La mayor parte de Oceanía, siguió diciendo el Sr. Blondeau, ha sido desconocida de los europeos por mucho tiempo; sin embargo, *Magallanes* la atravesó enteramente desde el estrecho que lleva su nombre hasta las *islas Filipinas*; pero cuando se la ha explorado completamente ha sido en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del actual. Los viajeros más ilustres que la han visitado son *Cook* entre los ingleses, y entre los franceses *Bougainville*, *Entrecasteaux*, *La Pérouse* y *Dumont d'Urville*.

Magallanes. — Navegante portugués. Había servido en la India con Alburquerque. España lo mandó al frente de una expedición á las *Molucas*; él quería llegar á ellas buscando al sur de América un paso que, según él, debía existir allí. Se hizo á la mar en 1519, descubrió en 1520 el estrecho que lleva su nombre (*estrecho de Magallanes*, situado entre el sur de la América y la *Tierra del Fuego*), atravesó todo el Océano Pacífico y llegó á las Filipinas, donde murió en una celada de los naturales. Elcano tomó entonces el mando de esa expedición, que fué la que primero *dió la vuelta al mundo*.

Bougainville. — Navegante francés, fallecido en 1811. Hizo un viaje alrededor del mundo en que exploró los archipiélagos *Pomotú* y *Taití*, las islas de los *Navegantes*, las *Nuevas Hébridas*, el archipiélagos *Salomón* y algunos puntos de la *Nueva Irlanda* y de la *Nueva Guinea*.

La Pérouse. — Navegante francés de fines del siglo XVIII. Luis XVI lo encargó de hacer un viaje alrededor del mundo. Salió en 1785 con dos fragatas, la *Brújula* y el *Astrolabio*. Llegó hasta el *Kamtchatka* y bajó luego hacia Oceanía, visitó las islas *Hamao* ó de los *Navegantes*, el archipiélagos de los *Amigos* y llegó á *Botany Bay*. A partir de entonces no volvieron á tenerse noticias suyas hasta que cuarenta años más tarde se encontraron los restos del *Astrolabio* en la isla de *Vanikoro*, que pertenece al grupo de *Santa-Cruz*. El almirante *Dumont d'Urville* le erigió en 1828 en la ribera de esta isla una tumba como homenaje de su patria.

Entrecasteaux. — Navegante francés de fines del siglo XVIII. Fué enviado en busca de *La Pérouse* y á continuar sus descubrimientos. Reconoció la costa occidental de *Nueva Caledonia*, descubrió varias islas y archipiélagos, visitó las costas de la isla *Van Diemen* y parte de las de la *Nueva Holanda*; pero sin encontrar rastro de sus predecesores.

Dumont d'Urville. — Navegante francés del siglo XIX. Dió varias veces la vuelta al mundo, descubrió varias islas, exploró la Nueva

Zelanda y la Nueva Guinea, procuró obtener datos sobre la muerte de *La Pérouse* y le erigió un monumento en la isla de *Vanikoro*. Prestó grandes servicios á la ciencia, levantando mapas y planos de las ciudades que visitó y recogiendo muestras de sus productos.

— Con todo esto, amigo *Blondeau*, dijo el Sr. *Lebel*, no nos ha dicho todavía nada sobre el acontecimiento que le ha traído aquí.

— Ninguno.

— ¿Cómo ninguno?

— Ya sabe V. que, aunque soy ingeniero civil, siempre he tenido gran afición al agua salada: es evidente que mi vocación era la marina.

— ¿Y qué?

— Pues bien, cuando terminé lo que tenía que hacer en *Numea* y quise ponerme en camino, me hallé á pesar de la prisa que me di, con que el barco que hace la travesía á *Sydney* se había marchado hacia tres días; el siguiente iba á tardar otros quince en salir y mal-dita la gana de esperar lo que tenía.

Tenía conocimiento de la existencia de una corriente marina entre la *Nueva Caledonia* y *Sydney*. ¿Por qué no aprovecharla? me dije. Los salvajes se lanzan sobre el Océano en sus piraguas de corteza, en verdaderas cáscaras de nueces, y atraviesan así distancias considerables; ¿Por qué no hacer lo mismo? Propuse mi idea al amigo *Carlier*, añadió señalando á su compañero, que me había servido



Dumont d'Urville.

como segundo en mis trabajos ; la idea le agradó y no perdimos un instante para ponerla en práctica. La estación era favorable, el tiempo se mostró claramente y... hétenos aquí.

LXXI. — NUEVO EMPLEO. — SALIDA DE SYDNEY. — EL MONUMENTO DE LA PÉROUSE.

Al día siguiente de su llegada á Sydney, el Sr. Lebel llevó á Miguel á casa de un amigo suyo, el Señor Marsch, socio de la casa Butter, Caxton y Cía. de *Bombay*, que tenía sucursales en varias poblaciones de Australia y de las *islas de la Sonda*. Su deseo era buscar colocación á su joven amigo.

— No tenemos sitio aquí, le contestaron ; pero un despacho nos avisa que un joven empleado de una de nuestras casas de Batavia acaba de dejar su puesto. Nuestro representante nos encarga que le busquemos un reemplazante. Lo malo es que ese muchacho hablaba cuatro idiomas... y que...

— También yo sé varias lenguas, se atrevió á decir tímidamente Miguel.

— ¿De veras? ¿Y cuáles son?

— Puedo hablar y escribir el francés, el inglés y el alemán ; hablo el español, el árabe, y aun algo el italiano y el portugués.

— ¿Conoce V. la contabilidad?

— No mucho.

— No importa ; siéntese V. y hágame esta cuenta.

Tratábase de convertir las gurdas, moneda colonial española de plata en guineas, moneda de oro inglesa. Por la más feliz de las casualidades, esto era precisamente lo que el Sr. Dulaure hacía practicar con más frecuencia á Miguel, cuando viajaban en la *Bella Bordelesa*. Así fué que el joven salió airoso de su empeño.

Mientras éste trabajaba, el Sr. Lebel refirió lo que sabía de Miguel, y la situación en que lo había hallado.

— Veo que es mozo resuelto, dijo el Sr. Marsch. Mucha sangre fría ha debido menester para no perder la cabeza en circunstancias tan difíciles. Ya sabe V. que á los Australianos nos gustan las personas así. Me agrada ese chico. Si hace bien el trabajo que le acabo de encargar como prueba, telegrafiaré á Batavia y, con tal de que me autoricen para ello, lo tomo en seguida.

Una hora después estaba hecho el negocio : Miguel formaba parte del personal de los Sres. Butter, Caxton y Cía., con sueldo modesto, pero suficiente para un principiante. Unos días más tarde salía de Sydney, no sin dar antes con el mayor afecto las gracias al Sr. Lebel, por la activa benevolencia que le había dispensado ; y se embarcó á bordo de un buque que iba de Sydney á Batavia, en compañía del Sr. Blondeau, quien se dirigía á Sumatra.

La rada de *Port-Jackson*, en que está situada Sydney, es muy espaciosa y compite por su belleza con las bahías de *Nápoles*, de *Río Janeiro* y de *Constantinopla*. Mientras que el vapor la atravesaba, las miradas de Miguel vagaban con deleite por las colinas, ya rocallosas, ya cubiertas de árboles alcanforeros, de bambúes, de palmeras, entre las cuales se distinguían admirables residencias, rodeadas de jardines, de naranjos y almendros en flor.



La Pérouse.

— ¿Ve V. una columna en aquella punta? preguntó á Miguel el Sr. Blondeau, en el momento de doblar un pequeño promontorio. Es difícil de distinguir y si yo no supiera exactamente dónde está, me costaría trabajo divisarla.

Es un monumento consagrado por los franceses á un compatriota nuestro y en él se lee la inscripción siguiente:

«Este punto, visitado por La Pérouse en 1788, es el último de donde envié á Francia noticias suyas.»

Y un poco más abajo:

«Monumento erigido en nombre de Francia por los Sres. Dumont d'Urville y Du Camper, comandantes de la fragata *La Thetis* y de la Corbeta *La Esperanza*, fondeadas en Port-Jackson en 1825.»

— Ahí es, siguió diciendo Blondeau, donde acaban las huellas dejadas por La Pérouse; ahí donde se embarcó para la expedición de que no debía volver.

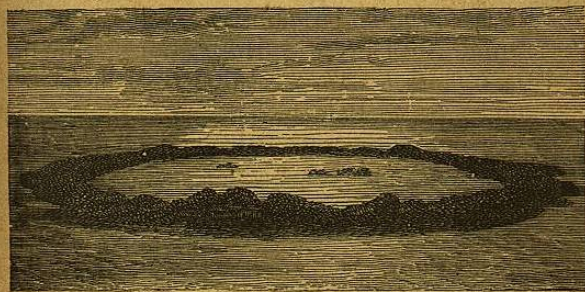
Al ir de Taiti á Numea hice un rodeo para visitar la isla de *Vanikoro*, el punto en que La Pérouse halló la muerte al cumplir la misión que le había sido confiada.

LXXII. — EL MAR DE CORAL. — LAS ISLAS MADREPÓRICAS.

Era ya de noche cuando la *Estrella de los Mares*, que así se llamaba el buque en que nuestros amigos iban embarcados, pasó la boca de la rada y penetró en alta mar; pero el faro de Sydney, que es el más hermoso del mundo, difunde por las aguas el brillo de su luz eléctrica. Este resplandor es tan intenso que la vista puede difícilmente sostenerlo á la distancia de siete ú ocho kilómetros. Delante del navío se extiende una ancha franja diamantina; sin embargo, la claridad va debilitándose poco á poco y lo

único que sigue iluminando el mar son algunos reflejos fosforescentes.

— No hace mucho que se ha establecido una línea de vapor entre Sydney y Batavia, dijo el Sr. Blondeau á Miguel mientras se paseaban por el puente. En otra época había, para ir de uno de esos puntos al otro, que dar la vuelta á Australia en sentido inverso, á lo largo de la costa occidental, porque el *mar de Coral*, que vamos á atravesar, y sobre todo el *estrecho de Torres*, que separa el continente aus-



Islote madrepórico en formación.

traliano de *Nueva Guinea* están erizadas de islotes que hacen muy peligrosa en ellos la navegación.

— ¿Por qué se llama mar de coral esta parte del Océano Índico? preguntó Miguel. ¿Acaso se pesca en ella mucho coral, como en las de Argelia?

— No es eso. El *coral* que sirve para hacer adornos y joyas, se encuentra exclusivamente en el Mediterráneo, en las costas de Argelia, y también en las de *Nápoles* y en el *Archipiélago griego*; pero esta parte del Océano Índico está sembrada de *islotes madrepóricos*, formados por *pólipos* ó *madréporas*, animales-plantas de la misma familia que los corales, y así es que se les da este nombre.